Revue franco-allemande
Deutsch-franzosische Rundschau
halbmonatlich **bi-mensuelle**
ART, LITTÉRATURE, SOCIOLOGIE
Publiée en deus langues sous la direction de
M. HENRY und J. G. PROD'HOME
Deutsche Abteilung: LEO GREINER
Administration et Rédaction:
MUNICH, Türkenstrasse II I
ABONNEMENTS:
Un an: France, España et Belgique: 12 frcs. Six moix: 6 frcs.
» » Allemagne . . . . . 10 Mk. » » 5 Mk.
Probehefte gratis und franco.—Envoi d'un numáro spécimen franco sur demande.

J. BRUN
Calle Mayor, 20. Madrid.
Porcelana, cristalería, juguetes, objetos de arte.

¡Para calzado de lujo!
Tordesillas.
5 Bordadores 5

A. VALLEJO
Muebles, alcobas, colgaduras
ALCALÁ, 17, Frente á la de Sevilla.

DROGUERÍA Y FARMACIA DE LOS HIJOS DE CARLOS ULZURRUN
ESPARTEROS, 9

REGULEZ FÁBRICA DE CORSÉS
9 — BORDADORES — 9

BORISOL
Antiséptico antipútrido y desinfectante.—Superior al ácido bórico y al borato de sosa; más soluble en frío y en caliente, y más eficaz como preservativo y curativo de las enfermedades de las mucosas y de la piel.
Se emplea contra los males de los párpados, oídos, nariz, boca, afecciones de la matriz y otras.
Farmacia de G. Torres Muñoz, S. Marcos 11, Madrid.
Caja, 2,25 pesetas

VIUDA DE ARAMBURO
PROVEEDORA DE SS. MM. Y AA. RR.
Príncipe, 12, Madrid.
Lentes y gafas, gemelos de teatro, anteojos, campanillas eléctricas, teléfonos, telégrafos, tubos acústicos.
Material de luz eléctrica é instalaciones Fonógrafos Edisson y grafófonos, fotografía, etc.
Envios á provincias.

Se vende un hotel
en buenas condiciones. Razón: Urosas, número 8, pral., izqda. De diez de la mañana á una de la tarde.

Aguas bicarbonatado SÓDICAS DE MONDARIZ
Fuentes de Gandara y Troncoso.
PROPIEDAD *de los Hijos de PEINADOR*
Galicia-Pontevedra.

TIPOGRAFÍA MODERNA
18, ESPÍRITU SANTO, 18—MADRID

PRECIADOS, 20
TELÉFONO 225
LA FUNERARIA
GRAN EXPOSICION
DE CORONAS

LETRAS DE MOLDE

Espíritu Santo, 18 ∞ MADRID ∞ Teléfono núm. 558

Se prepara un número especial, del que se hará una tirada de

100.000 EJEMPLARES

en gran tamaño, para la Exposición Universal de París. Llevará las firmas de Emilia Pardo Bazán, Blanca de los Ríos, Juan Valera, José Echegaray, Víctor Balaguer, Eugenio Sellés, Jacinto Octavio Picón, Manuel del Palacio, Eusebio Blasco, Emilio Ferrari, Mariano de Cavia, José Ortega Munilla, Leopoldo Alas (Clarín), Miguel Ramos Carrión, Arturo Reyes, Vital Aza, Vicente Medina, Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, Luis Taboada, Federico Oliver, etc.

Anuncios para este número á 2,50 pesetas línea.

Folletín de LETRAS DE MOLDE 10

LA HIJASTRA DEL AMOR

POR

JACINTO OCTAVIO PICÓN

tejadillo de ahí en frente para coger unas cuerdas que el chico pequeño había tirado jugando, miré al balcón del señor Conde, que tenía luz, y había otra persona con él; y como no hay visillos, vi que era doña Rafaela, y él, con mucho mimo, la estaba quitando del brazo una pulsera.

—Bueno: cállate. No hables á nadie de esto, ¿lo entiendes? Yo te proporcionaré los ocho mil reales. Pero tienes que hacer cuanto te diga... Volveré ahora, ya de noche, desde la mitad del camino, y tú me abrirás el portón del patio.

—Pero señor, *usté* no conoce que se va á armar un lío *mu* grande. ¿Y qué me va á pasar á mí?

—A ti no te pasará nada. Te daré el dinero para lo del muchacho, y en paz.

Cerró la noche. En el cielo, entoldado por un nublado muy espeso, que anunciaba agua de temporal, no se veía una sola estrella. Soplaba un aire fuerte que traía olor á tierra húmeda, y no se oían más ruidos que el rumor de los ramajes agitados ó el ladrido de los mastines de guarda, que rondaban en torno de la casa. Pablo, arropado con un capote de caza, montó á caballo y salió por el camino de la estación. Rafaela, inquieta, desde un balcón, y el Conde, ansioso, desde otro, sintieron alejarse el choque de los cascos del caballo contra los cantos; pero eran prudentes, tenían por costumbre no reunirse hasta después de haber oído el silbido con que el tren anunciaba su entrada y su salida de la estación cercana; esperaban luego otro rato, por si Pablo no hubiera llegado á tiempo, y si no volvía, Rafaela salía de su cuarto, y atravesando piezas, llegaba hasta la puerta que ponía en comunicación el edificio lateral, que ella y su marido ocupaban, con el cuerpo central, en que estaban las habitaciones del Conde. Pablo, al llegar á la mitad del camino, se apeó, y atando el caballo á un árbol, volvió á la quinta, diciendo al tío Forzudo cuando le abrió el portón:

—Ve á buscar al *Negrito*, que está amarrado á la izquierda del puentecillo de la acequia. Yo me quedo aquí.

Marchóse el Forzudo; Pablo entró en su cuarto, cogió un manojo de llaves, buscó la de la puertecita que subía del patio á las habitaciones del Conde, y pegándose al muro cuanto pudo, andando muy despacio llegó hasta ella y la cerró. Antes de marcharcharse había cerrado también la que en el piso principal daba acceso á su cuarto desde el que ocupaba el Conde, de modo que éste y Rafaela quedaron así incomunicados, porque de ambas entradas tenía Pablo las llaves. Entró luego en el cuarto de Forzudo y se sentó. Su estratajema no podía fallar. Mientras tanto, Rafaela, transcurrido ya el tiempo que se regateaban su miedo y su impaciencia, fué hacia el cuarto del Conde, pero halló la puerta de comunicación cerrada. ¿Qué podía ser aquello? Ni siquiera se dió á pensarlo; un descuido de un criado, cualquier cosa. Entonces se dirigió hacia el patio, vió luz en el cuarto del Forzudo, pero no sintió ruido, y saliendo al patio se fué á la escalerilla que subía al saloncito del Conde. Apenas su marido, que la acechaba, la vió salir, escondido en el cuarto del Forzudo, cerró la puerta por donde había pasado Rafaela, como cerró antes la anterior, dejándola presa en el patio sin poder llegar hasta el Conde, ni volver á su cuarto, ni aun llamar, porque á quien acudiese á su llamamiento le había de extrañar verla en tal sitio y á tal hora. Instintivamente conoció que allí andaba la mano de su marido ó de algún confidente suyo. Quién, si no, podía tener interés en privarla de ver á su amante, cerrarla la retirada y acorrarla como un perro?

Entretanto había empezado á llover con fuerza; el patio estaba encharcado, y hacia el sumidero abierto en su centro corría en arroyuelos rápidos el agua recogida por las canales y arrojada con estrépito sobre las piedras. Al principio, aterrada por su situación, ni notó siquiera que se mojaba; cuando quiso acogerse bajo algo que la protegiese, sintió en las espaldas una humedad intensa: tenía ya calado el cuerpo del vestido; sobre su cabeza se estrellaban las gotas de la lluvia, y algunas de ellas, corriéndose hasta el cuello, la estremecían nerviosamente. Era imposible hallar abrigo: el viento, arremolinándose en el patio, lanzaba el agua en todas direcciones; el alero del tejado no podía cobijarla, el cobertizo del portón tampoco; la lluvia tenaz y copiosa arreciaba ruidosamente, produciendo un rumor monótono y continuo al caer sobre las arboledas cercanas ó estrellándose contra las paredes de la casa. El viento que se colaba por los intersticios de las tejas silbaba con fuerza; el recinto obscuro y grande del patio presentaba al fondo, como bocas de cueva, las entradas de los establos, por cuyas puertas, mal cerradas, salía el baho caliente y el olor animal de las cuadras, y con los resuellos ó el patear de las bestias se escuchaba juntamente el ronquido de algún mozo, tumbado sobre los arcones de la paja...

Los minutos se le hacían siglos; el frío y el miedo se apoderaban de su alma y de su cuerpo, sobrecogiéndola y helándola; á cada movimiento las telas de su traje, empapadas en agua, dejaban pasar la humedad, mojándola el pecho y la espalda. De pronto encendieron luz en el cuarto del Forzudo, y se oyó el descorrerse de un cerrojo; el guarda atravesó el patio para ir á un establo; ella, aprovechando los instantes, corrió hacia la puerta, y por pasillos excusados llegó hasta su cuarto, temblorosa de frío y de pavor. Allí, junto á la chimenea y cruzado de brazos, la esperaba Pablo.

—¡Mala mujer! ¡Perdida! ¿Es este el pago que merecía yo?

(*Se continuará.*)